



# demonios en el cielo

gabriel bermúdez castillo

Teufelstadt es el único lugar dentro del planeta Junrunen en el que existe una ley: matar o dañar seriamente a los demás está castigado con la muerte. Sin embargo, fuera de los límites de la ciudad no existe norma alguna. Millonarios de todos los rincones de la galaxia pagan fortunas por viajar a Junrunen a satisfacer sus más ruines instintos; a despojarse de las máscaras que los hacen parecer respetables y entregarse a un mundo en el que el sexo, la perversión y el asesinato no son solo una fuente de diversión, sino un estilo de vida. *Demonios en el Cielo* nos cuenta la historia de un ingenuo pero efectivo protector llamado Demien Grosnik y de una familia de comediantes conocida como la Troupe Molnar a los que el destino lleva a tan peculiar lugar. A través de sus bondadosos ojos veremos un mundo expresamente creado para olvidar la bondad.

## Índice de contenido

Cubierta

Demonios en el Cielo

PRESENTACIÓN

1.— LA NOCHE ANTERIOR

2.— EL TRUENO DE BRONCE DE WATERLOO

3.— EL ATERRIZAJE FORZOSO DE LA «PULSAR PARADISE»

4.— EL PERFECTO ATERRIZAJE DE LA «KÖNIGIN INGRID»

5.— LA MARCHA DE LA FAMILIA MOLNAR

6.— DEMIEN SE DIVIERTE; DEMIEN DEJA DE DIVERTIRSE

7.— AVENTURAS DE LA TROUPE MOLNAR

8.— LA GENEROSIDAD DEL HERZOG VON OSTERHOF

9.— HA LLEGADO EL CIRCO, HA LLEGADO EL CIRCO

10.— DEMIEN PIERDE UN AMIGO

11.— CUALQUIERA PUEDE DAR AMOR Y MUERTE

12.— LOS DÍAS ROJOS: EL PRINCIPIO

13.— LOS DÍAS ROJOS: LA ENTRADA EN LA CIUDAD

14.— LOS DÍAS ROJOS: LA FIEBRE AUMENTA

15.— LOS DÍAS ROJOS: LA ISLA DE LA MÁQUINA

16.— LOS DÍAS ROJOS: BUSCANDO OBJETIVOS

17.— LOS DÍAS ROJOS: ANOCHECER

18.— LOS DÍAS ROJOS: FINAL

19.— ¿UN NUEVO JUNRUNEN?

Notas

## PRESENTACIÓN

Gabriel Bermúdez Castillo (Valencia, 1934) es notario en la provincia de Almería y vive actualmente en Cartagena (Murcia). Escritor reconocido con una larga carrera literaria que arranca en el año 1971 y cuenta ya con siete libros publicados, varios relatos y Premios en su haber.

Recientemente se ha reeditado en la HispaCon de Gijón *Viaje a un planeta Wu-Wei* y la Biblioteca Electrónica AE-FCF ha sacado asimismo un disquete con las dos partes de la novela, inconclusa en su día, *Golconda*.

Bermúdez ha tenido la amabilidad de permitirnos que el n.º 23 de nuestra colección sea su novela larga *Demonios en el Cielo*.

La intención principal al editarla, es aportar nuestro grano de arena en la tarea de devolver a este escritor emblemático al lugar que le corresponde: primera línea en el *fandom*.

Junto a otro escritor que ya ha estado en nuestras páginas, Ángel Torres Quesada (*Un paraíso llamado Ara*, Espiral CF, n.º 14) y su gran amigo Domingo Santos (Editor de la mítica *Nueva Dimensión*), forma el trío que podemos considerar como *padres* de nuestro género.

En su bibliografía tenemos las siguientes novelas:

*El mundo Hókun* (Antología de relatos, Ed. Javalambre, col. Atanor, 1971 y reedición por Ed. Litho-Arte, 1972)

*Viaje a un planeta Wu-Wei* (Ed. Acervo, col. Acervo Ciencia Ficción, 1976, reedición por Ed. Orbis, 1986 y reedición por la asociación AVALON, 2000)

*La piel del infinito* (Ed. Dronte, col. Nueva Dimensión, 1978)

*El señor de la rueda* (Ed. Albia, col. Albia Ficción, 1978 y reeditado por Ed. Orbis, 1986)

*Golconda* (Ed. Acervo, col. Acervo Ciencia Ficción, 1987 y reedición en formato disquette, incluyendo la segunda parte bajo el nuevo título *Mano de galaxia*, por la AEFCE, 2000)

*El hombre estrella* (Ed. Ultramar, col. bolsillo/CF, 1988)

*Salud mortal* (Ed. Miraguano, col. Futurópolis, 1993)

*Instantes estelares* (Ed. Miraguano, col. Futurópolis, 1994)

Muestra del reconocimiento que tiene entre los lectores son las siguientes citas que he entresacado de diferentes medios, para situarle de alguna manera:

«Bermúdez posee un estilo ágil, potente, directo y sobre todo muy flexible. Tras una engañosa sencillez se oculta el arduo trabajo de una estructura muy eficaz, un saber encajar las piezas en su lugar adecuado, capaz de captar la atención del lector desde el primer párrafo, atrapararlo en sus finas redes y no soltarlo hasta la última palabra de la narración». Ricard de la Casa, Editor de la revista *BEM*.

«Gabriel Bermúdez Castillo, uno de los padres del género en nuestro país, que sabe entretener como pocos...». José Antonio del Valle, articulista de la revista *La Plaga*.

«Bermúdez ha sido la voz más influyente en la génesis de la actual CF española. El primer escritor políticamente incorrecto, el primer literato con una preocupación formal añadida a la especulativa, el primer autor con una voz autóctona. El primer posmoderno». Julián Diez, Director de la revista *Gigamesh*.

«Bermúdez logra al mismo tiempo una escritura correcta y una sensación de espontaneidad que obvian la parte más ingrata de la escritura: la redacción final. Es un intento también consciente de que el público se olvide de todo lo que no sea el argumento. Lo consigue con un estilo irreprochable y con tres ingredientes básicos de la narrativa: aventuras, humor y sexo». Juan Manuel Santiago, crítico y articulista para diversos medios.

Para terminar con esta breve presentación, me voy a permitir añadir un último comentario proveniente de Pilar Martínez, mi mujer, alguien que no se considera *especialmente aficionada* a la CF pero que se ocupa de las correcciones de texto en la prueba de todas las novelas de Espiral-CF y considero válido como muestra de cómo puede ver a Gabriel Bermúdez un lector general. Aclararé que es Licenciada en Psicología por la Universidad de Deusto y Máster en Sexología, con una sólida cultura literaria.

«*Demonios en el Cielo* es una de las novelas de la colección que más me ha gustado. Reconozco mi ignorancia en CF, pero sé cuándo una obra *me engancha* desde las primeras páginas hasta el final. Y eso no es fácil. Requiere, por parte del autor/a, una destreza y un saber hilar los capítulos, las historias y los personajes con mucha pericia. Todo eso lo reúne G. Bermúdez,

pero también amenidad y profundidad de conceptos. Estos dos términos que, en principio, pudieran parecer excluyentes se aúnan y entrelazan en un fluir francamente suave para el lector/a que hacen que una siga amando la literatura de cualquier género aún en la era digital. Al acabar la última página nos queda una sensación agri-dulce y un montón de preguntas en torno al ser humano, a su devenir, a su ¿evolución? El compañerismo, el amor, la ilusión, la violencia brutal, la dominación, el poder infinito e indiscriminado de los ricos que son capaces de *todo* para seguir disfrutando de la vida, de *su vida* a cualquier precio, sin límites... son algunos de los temas que subyacen en esta novela. Os animo a que disfrutéis y aprendáis de ella».

Creo, por lo tanto, que cerramos el *emblemático* año 2001 con un colofón de lujo.

JUAN JOSÉ AROZ

## 1.—LA NOCHE ANTERIOR

Tres gravicópteros sembraron yoduro de plata durante la tarde.

Nubes de polvo brillante se desprendían del cuerpo panzudo de los aparatos, y parecían disolverse en la atmósfera, bajo la luz a la vez rojiza y azulada del sol compuesto.

Apenas estuvieron un par de horas dando vueltas sobre la extensa llanura donde los sucesos se desenvolverían al día siguiente, si las cosas estaban terminadas y a punto. Y, como pensaba la capataz Dikusar, más valía que todo estuviera en orden y que nada fallase, ya que el señor Delfosse, Gerard Delfosse, no perdonaba nunca. ¡Una excelente ocasión para desahogar sus instintos!

Contempló la capataz (una mujer no muy alta, gruesa, cubierta por un justillo de cuero de endokán, sin mangas, que dejaba al descubierto unos brazos semejantes a calabrotes) cómo los tres gravicópteros se alejaban en dirección al astropuerto, a muchas millas de distancia.

Suspiró al pensar en las jovencitas del Kospodin, que no solicitaban muchos créditos para aceptar sus, un tanto, brutales caricias. Después volvió el leonino rostro hacia la tropa mixta, hombres y mujeres, que parecía trabajar con desgana.

—¡Más garbo, hijos de mala madre, que parece que os hayan parido después de treinta meses de embarazo! ¿Qué haces tú ahí parado?

El trabajo se reanudó con cierta animación. Solo un par de hombres rezongaban, y uno de ellos acarició con placer

el arma corta que llevaba al cinto. El resto del personal ya había tenido la dudosa satisfacción de trabajar con Alonia Dikusar como encargada de obras.

A lo lejos, un grupo levantaba con cierta velocidad un castillo rectangular, con muros blancos y una torre corta carente de almenas.

Una grúa articulada estaba colocando una gran puerta cuadrada, construida con duros tablones de artodendro reforzados con flejes y clavos de hierro. Se trataba del equipo Hougoumont.

Al otro extremo, otro grupo, denominado equipo Papelotte, construía una granja pequeña, constituida por dos o tres chozas con tejado de hierbas y muros de color ocre.

Y en el centro, donde se hallaba Alonia Dikusar, un tercer equipo se esforzaba en dar fin a una edificación en forma de U, con tres naves alargadas rodeadas por una tapia. Iba a buena marcha, gracias a la proximidad de la capataz y a su extraordinaria facilidad para jurar, insultar y ordenar en todos los idiomas conocidos en la Galaxia. Aquel grupo había sido denominado La Haye, para no llamarlo por su nombre completo, La Haye-Sainte, demasiado largo.

El hombre con el arma corta remoloneaba de nuevo, aprovechando que dos o tres tabicadoras, con las grandes planchas de moldeo movidas hábilmente por el conductor, estaban situando la estructura general de los edificios. Alonia Dikusar se acercó a él, le insultó con violencia y variedad, y terminó el espectáculo intentando darle una patada entre las piernas. El hombre retrocedió, evitando el golpe, y con un alarido de ira, trató de sacar el arma de acero azul que llevaba al costado.

Ni siquiera la mitad de ella logró salir de la funda. Resonó el seco silbido de la pistola sónica de la capataz, que parecía haber surgido mágicamente en su nudosa mano. El hombre dio un violento salto en el aire, convulsionándose, y cayó a tierra como un muñeco roto. Un trabajador an-

ciano, con el cinturón lleno de herramientas variadas, se acercó y lo examinó con curiosidad.

—En plena frente, Alonia. No has perdido el tino.

Se volvió hacia los demás, que contemplaban el cadáver con expresiones que variaban desde la indiferencia a la sonrisa, pasando por el odio y el miedo.

—Fijaos que se lo dije... sí, señor. Se lo había advertido.

Aunque salgamos fuera de la ciudad, no te metas con ella... es la mujer más rápida que existe. Alonia... ¿tampoco lo mandamos?

—No. Tampoco. Vístelo de inglés y déjalo ahí arriba, cerca de la cumbre de Mont Saint-Jean.

—Vosotros dos —dijo el anciano—. Tú, la rubia, y tú, el calvo, desnudadlo y quemad sus ropas en el incinerador.

—¿Por qué yo? —dijo la rubia, con mal tono.

—Porque te puedes quedar su arma y todo lo que lleve encima. ¿Te conviene?

—¡Claro que sí! Vamos, calvo; a medias los dos.

—Bueno... ¡bueno! —aulló la Dikusar, poniendo los brazos en jarras—. ¡Ya me he cargado a tres con este! Y si no se termina el trabajo antes de la noche, van a caer una docena más... De manera que, cuadrilla de piojosos, lesbianas, invertidos, hijos de padre desconocido... ¡a trabajar! ¿Qué pasa, qué quieres?

—Que ya está desnudo, jefa —dijo el calvo—, pero no sabemos cuál es el uniforme inglés.

—Espera, animal.

La Dikusar miró una lista, mientras el trabajador anciano continuaba organizando la cuadrilla.

—Bueno... uno de esos rojos con galones blancos, pantalones grises y el gorro cilíndrico de color negro. No olvidéis el fusil, los correaes y la bayoneta. ¡Y un poco de arte! ¡A ver si parece un muerto en combate de verdad! Lo ponéis boca arriba, con el fusil al lado y el gorro junto a la cabeza, como si se le hubiera caído del disparo. Un brazo puede ir extendido, y el otro sobre el pecho... ¡no sabéis

hacer nada! ¡Andando ya, so bestias! ¡Y rápido, que se ponen duros enseguida!

La rubia y el calvo cargaron el cuerpo vestido de rojo y gris sobre una plataforma nulgrav y la encaminaron hacia la cima de la colina. Una vez allí se les vio discutir animadamente, colocando el cadáver de una forma u otra, sin que pareciesen quedar muy satisfechos. Encantada por esta dedicación, la capataz se sentó junto a una mesa baja, cubierta de planos y diagramas, y llamó con un gesto al trabajador anciano.

—Te has ganado un trago, Veintisiete. Tengo Samar frío, y algo que llaman coñac en los bares, aunque yo creo que es agurrás puro. ¿Qué prefieres?

—Un poco de agurrás, Alonia. El Samar es muy flojo. ¡Ah, estupendo! Esto devuelve la vida... ¿Qué pasa?

—Que te he dicho que bebas, pero no que te sientes. Conque ponte de pie, y bien tieso.

—Como quieras. ¿Puedo tomar otro trago?

—Y la botella entera, si te da la gana. ¿Te queda mucha faena?

—No; nada. He terminado todos los contactos y las cargas. Lo demás lo están haciendo los muchachos del ordenador... ¡Míralos!

Un grupito corría de un lado a otro del campo, entre Hougoumont, Papelotte y la Haye-Sainte, colocando cosas en el suelo y cubriéndolas con puñados de tierra. Iban acompañados por varias plataformas de distintos tamaños, que flotaban silenciosamente en el aire, a medio metro del suelo.

Muy a lo lejos, justo donde un espeso bosque levantaba sus altos árboles de plumaje anaranjado hacia el cielo, otro pequeño grupo se afanaba junto a un pupitre dotado de varias pantallas.

—Una pregunta, Alonia, si no te importa.

La mujer bebió un trago del fuerte licor, y chasqueó los labios.

Dirigió una mirada a la llanura. El calvo y la rubia volían. Tomó unos prismáticos, examinó la postura del cadáver, y lanzó un gruñido de complacencia.

—¿Qué quieres, Veintisiete?

—¿Cómo te atreves a no mandar los muertos a la Isla? ¡Sabes que te expones a un disgusto muy serio! Las órdenes son tajantes en ese aspecto. Yo te aprecio, y no quisiera que...

—Sí, yo te aprecio también, Veintisiete. Ya sabes que antes de cambiarme la libido, quiero decir, cuando aún me gustaban los hombres, a quien prefería meterme en la cama era a ti.

—Pues yo no he cambiado de libido, y si aún...

—Vale, vale. Me gustan más las tías. Están más tiernas y me van mejor. Si cambio otra vez te lo diré. Y en cuanto a eso, haz el favor de echarle una ojeada a esta orden. Y mira bien la firma.

—¡Es la del mismo señor Delfosse! Y dice... ¡Vaya; sí que tienes razón! Con esto no creo que te pase nada.

—Ya lo ves. Los muertos aquí, en plan decoración. Y si en la Isla de la Máquina se enfadan, que lo hagan con él, que para eso paga.

—¿Y tú, cuánto...?

—Cinco mil créditos por fiambre. De manera que ya me he ganado para una buena juerga, con esos tres. Y aún puede caer alguno más. Mira: van terminando. Justo a tiempo; casi anochece ya...

El cielo iba pasando de un verde pálido a un tono oscuro. En el horizonte, el gran sol rojo, junto al cual destellaba su minúsculo acompañante de un cegador azul, iba hundándose tras las escarpadas cimas de las montañas. Su ancho disco cubierto de estrías negras tenía algo de aterrador, mostrando claramente que se trataba de un astro moribundo. Pero ninguno de los trabajadores se fijaba en ello; estaban acostumbrados al hecho de que el diminuto sol azul girase velozmente alrededor del gigante rojo, y que

eso provocase variaciones de temperatura, así como que todo objeto proyectase dos cambiantes sombras sobre el suelo. Igualmente no les parecía extraño que el rápido crepúsculo mostrase el cielo cubierto por una cantidad incontable de estrellas, arracimadas y juntas, como no se veían desde ningún otro planeta del Imperio, hasta el punto que parecía imposible que no chocasen entre sí.

—Todo en orden —suspiró la capataz Dikusar—. Vamos a descansar.

Ahí están los aerobuses. Todo terminado; ¡espero que el señor Delfosse sea verdaderamente generoso!

—Nunca se sabe —contestó Veintisiete, mientras se encaminaban hacia una de las moles grises que acababan de aterrizar—. Los Amos son muy suyos. ¡Mira, Alonia! Parece que los gravicópteros han trabajado bien. Está empezando a llover.

—Es lo que se esperaba, Veintisiete.

El viaje de regreso a la ciudad se desarrolló casi sin incidentes. Lo único que sucedió fue que una niña rubia de unos doce años, encargada de servir bebidas a los trabajadores, se sintió ofendida por el empujón que le dio una mujer alta, para recriminarle su poca rapidez en atenderla. La niña reaccionó con violencia y velocidad e introdujo un largo estilete en el estómago de la mujer.

Esta agonizó durante el resto del trayecto. Y Alonia Dikusar no pudo evitar un reproche, dirigido a la niña rubia:

—¡Podías haberlo hecho antes, maldita seas! ¡Hubiera conseguido cinco mil créditos más!

## 2.— EL TRUENO DE BRONCE DE WATERLOO

Durante la noche, bajo la espesa lluvia, largas columnas de hombres uniformados, acompañadas y flanqueadas por furgones de intendencia, tiros de artillería y carromatos de municiones, fueron ocupando sus posiciones sobre la llanura de Waterloo. El suelo estaba embarrado y dificultaba el movimiento de las tropas. Los millones de estrellas que cubrían el cielo producían una luminosidad tan intensa que facilitaba a los batallones y las compañías situarse en los puestos que les estaban asignados. De vez en cuando, algún sargento encendía su linterna, tratando de leer mejor sus órdenes. Pero la bronca voz de uno de sus superiores le hacía extinguir esa luz innecesaria.

Llovía sin cesar. Los arzones y los avantrenes se atasaban en el barro; la pegajosa masa de tierra húmeda chupaba las botas de la infantería, de los granaderos y de los servicios de acompañamiento.

Siguiendo las instrucciones recibidas, todos los soldados habían envuelto la llave de sus fusiles Charleville o Baker (según de qué ejército se tratase) con los trapos que más a mano pudieron encontrar, para que la fina pólvora del cebo no se mojase.

A ambas laderas de Mont Saint-Jean se oían los oscuros rumores de los ejércitos que se movían, tratando de situarse en los lugares más estratégicos. Los soldados británicos fueron ocupando Hougoumont, Papelotte y la Haye-Sainte, mientras las tropas francesas, caladas por la lluvia, se aga-